

revista

f@ro

Vol. 1. N°28 (II Semestre 2018) – Faro Fractal

Págs. 47 a 66

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha

Valparaíso, Chile | e-ISSN 0718-4018

<http://www.revistafaro.cl>

A cien años del movimiento estudiantil argentino de 1918: conversación con Renate Marsiske¹

*100 years from the Argentine student movement of 1918: conversation
with Renate Marsiske.*

Andrés Donoso Romo²

Universidad de Playa Ancha

andres.donosoro@upla.cl

Recibido: 01 de Octubre del 2018
Aceptado: 23 de Octubre del 2018

2018, para todas las personas que investigamos los movimientos estudiantiles en América Latina, es un año especial debido a que se conmemoran los primeros 100 años del movimiento estudiantil argentino de 1918 (conocido también como el movimiento de La Reforma Universitaria), el primer gran alzamiento de este tipo que conociera la región, el mismo que tuvo su epicentro en la Universidad Nacional de Córdoba, que luchó por la participación estudiantil en el gobierno universitario, que legó un documento maestro para las letras latinoamericanas contemporáneas, “El Manifiesto Liminar”, y que se transformó, gracias a su sonada victoria, en un referente obligado para todos los movimientos estudiantiles latinoamericanos que le sucedieron (sobre todo hasta la década de 1960). Sin embargo, este año de 2018 no solo es importante porque se celebra

¹ El trabajo presenta resultados preliminares del proyecto CONICYT/FONDECYT, Concurso Regular, n° 1180506.

² Investigador del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Playa Ancha.

este centenario, también se recuerdan, ya no en tono festivo, tampoco laudatorio, los cincuenta años de varios movimientos estudiantiles que en 1968 irrumpieron en la región, tales como los de Brasil, México y Uruguay. Movimientos que, a diferencia de su par argentino que les antecedió en cincuenta años, fueron dolorosamente aplastados (derrotas expresadas en masivos encarcelamientos, cruentas torturas e incontables asesinatos de manifestantes que estos movimientos dejaron como saldo). Pero el fracaso de estos movimientos, aunque rotundo al calor de los acontecimientos, desde 1969 en adelante fue siendo paulatinamente resignificado, también, como una victoria, como un triunfo de la dignidad, de la lucha por los ideales, del creer que en nuestras sociedades puede haber espacio para horizontes de igualdad y de bien común.

En medio de estas conmemoraciones y balances hemos tenido el privilegio de conversar con la persona que mejor conoce este tipo de fenómenos sociales en la región, la investigadora del Instituto de Investigaciones sobre la Educación y la Universidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dra. Renate Marsiske Schulte. Investigadora que, a lo largo de cuatro décadas de trabajo ininterrumpido, ha profundizado en las particularidades de los movimientos estudiantiles de diferentes países de América Latina, como los que estallaron en Argentina en 1918 y en México en 1929, y ha contribuido con valiosos aportes a la comprensión de una de las razones de fondo, y profundamente persistente, que ha impulsado al estudiantado latinoamericano a protestar en las calles: la defensa de la Autonomía Universitaria. Comprensiones que ha vertido en innumerables publicaciones entre las cuales resaltan, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929*, publicado en Ciudad de México en 1989, y la colección de cinco volúmenes que desde 2002 ha coordinado con el apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México: *Movimientos estudiantiles en América Latina*.

La conversación que se podrá conocer en estas páginas, realizada en la Ciudad de México en septiembre de 2018, forma parte de un extenso diálogo que desde hace varios años sostienen el entrevistador y la entrevistada. Un diálogo que empezó en 2013 cuando el primero se acerca

a la investigadora para pedirle consejo respecto a cómo podría adentrarse en el estudio de los movimientos estudiantiles en América Latina y que hoy, después de cinco años, se reedita pero con el objetivo de compartir algunas interpretaciones sobre este tipo de fenómenos que él ha conseguido ir urdiendo. Por lo tanto, lo que aquí se presenta es un momento íntimo de todo proceso de investigación de largo aliento (y todavía abierto), una entrevista semiestructurada que, por las pretensiones interpretativas que le animaron, fue, ante todo, un intercambio de puntos de vista, una conversación o, más ajustadamente, un diálogo.

Andrés: Me interesa compartir una hipótesis que nos puede ayudar a introducirnos en la tarea de comprender a los movimientos estudiantiles en América Latina. A partir de mi investigación estoy tentado en comprender que la protesta estudiantil, o el descontento estudiantil (aquí ya nos encontramos con tres categorías sociológicas diferentes: movimiento, protesta y descontento), entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX empieza a ser cualitativamente diferente. Lo mismo pero con otras palabras, pareciera que desde el movimiento estudiantil argentino de 1918, y hasta la actualidad, es posible ver que las formas de expresar el descontento estudiantil son sustantivamente diferentes a cómo lo eran en el siglo XIX. ¿Concuerdas con esta interpretación? Y si es así ¿Podrías ahondar en las razones que explicarían esta frontera? ¿Qué habría pasado entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX que comienzan a verificarse movimientos estudiantiles propiamente tales? Esta última pregunta tiene que ver con que me atrevo a pensar que solo es desde estos años que el descontento estudiantil se comienza a expresar públicamente como movimiento social, así como también tiendo a pensar que todo movimiento social, en tanto fenómeno sociológico, es también algo propiamente moderno (entendiendo moderno como sinónimo de contemporáneo, es decir, como algo que antes no se daba y que continúa siendo esencialmente actual).

Renate: Hace como una o dos semanas estaba pensando exactamente en eso. Pensaba que sí, que hay descontento estudiantil desde que existen universidades en América Latina, pero que eso no quiere decir que existan movimientos estudiantiles. Creo que el término movimientos sociales alude a muchas cosas, por ejemplo, a la existencia de organizaciones, de grandes cantidades de personas, de cierta continuidad en el tiempo y todo eso es del siglo XX. Eso no quiere decir que dentro de un movimiento social no haya descontento, pero sí podemos decir que un movimiento social es mucho más que descontento. Si hablamos de la universidad latinoamericana es posible constatar que desde los inicios del siglo XX empieza un proceso de modernización más o menos visible en el trasfondo del Movimiento de Córdoba de 1918. Es a partir de entonces que podemos hablar de movimientos estudiantiles y esto implica muchas cosas. En primer lugar, implica que cambió la sociedad, que cambiaron las universidades y, muy particularmente, que cambió el acceso a las universidades. Cuestión, esta última, que significa que cambió tanto el tipo de estudiante, como la función que cumplían las universidades. Si vemos al estudiante del siglo XIX se aprecia que desde su nacimiento poseía un lugar preestablecido en la sociedad, sea por los bienes de su familia, por la cuestión geográfica, o por muchas otras razones. Dicho de manera distinta, uno nacía y sabía adónde pertenecía y sabía, además, lo que iba a hacer. Desde inicios del siglo XX, en tanto, esa situación cambia porque los estudiantes comienzan a entrar a las universidades para alcanzar un mejor nivel social y económico que sus padres o, por lo menos, para mantenerse en el mismo nivel, no para descender. Eso quiere decir que los estudiantes ingresan a la universidad con otras exigencias, por ejemplo, la relativa a la calidad académica: "Yo estudio aquí y ustedes tienen que darme una educación académica de excelencia para que, una vez que tenga mi título éste pueda ayudarme a desenvolverme apropiadamente en la sociedad y contribuir, así, al progreso social". Ésta es solo una de las nuevas exigencias que se le hace a la universidad, después viene todo un proceso de democratización de la sociedad, que se prolonga hasta nuestros días, que sigue influyendo en las

reivindicaciones del estudiantado. Todo indica que después de cien años del movimiento de Córdoba todavía no vivimos en una verdadera democracia, es decir, hay partidos, hay elecciones y todo eso, pero en las instituciones (no sólo las de educación superior o las de cariz estatal) aún hace falta profundizar en la democracia. Yo voy a hablar solamente de México, porque es el país que mejor conozco, pero la democratización en una sociedad empieza, por ejemplo, en la organización de una familia ¿Quién determina qué hace una familia o qué hacen los hijos dentro de la familia? Luego se prosigue con el vecindario y así sucesivamente. Y en todos esos planos, observo, hace mucha falta profundizar en la democratización. En las instituciones de educación superior, donde se supone que por la Autonomía Universitaria todas las autoridades son elegidas por sus miembros, se da la paradoja, por ejemplo, de que en muchos casos las elecciones son solo una formalidad. Una situación que se replica también en el país, pues hay elecciones, se pronuncia la gente, pero eso no quiere decir que exista una democratización consistente. Aquí tenemos, por tanto, otra de las exigencias del estudiantado universitario que se viene repitiendo desde hace cien años: la democratización. Y estas demandas, excelencia académica y democratización, se suman a los problemas escolares que siempre han estado, y siempre van a estar, como, por ejemplo, mejorar la docencia: que los profesores sean los adecuados, que no falten a clases o que se impartan otros cursos más ajustados a los intereses del estudiantado.

Andrés: Quiero llevar la conversación al movimiento estudiantil de 1918 en Argentina para profundizar, sobre todo, en esa idea de que el estudiante entraría a la universidad para progresar. Yo me inclino a pensar que esa noción, claramente presente en el estudiante y también en la sociedad de entonces, no existía en la sociedad colonial y tampoco en esa sociedad de transición del siglo XIX latinoamericano. Y creo, a su vez, que una de las marcas donde es posible identificar este “cambio de época” es en la aparición de la idea de transformar la sociedad. Es decir, no solamente había una aspiración al progreso individual, sino también, desde mediados

del siglo XIX, de progreso y/o transformación social. Noción que han sido actualizadas, desde mediados del siglo XX, en la idea de desarrollo.

Renate: Otra marca es la aspiración a la igualdad de todas las personas y, en una dimensión más acotada, la idea de que cualquiera tiene posibilidades de entrar a la universidad porque todos somos iguales. Una noción que no existía en el siglo XIX, tampoco en la colonia.

Andrés: Sí, el afianzamiento de los estados-nación trae consigo la consolidación de la idea de República, de que somos todos iguales, y eso se empieza a hacer más patente, a nivel latinoamericano, a principios del siglo XX. Pero, para traer la conversación de nuevo a nuestros asuntos, tengo la impresión de que la universidad habría avanzado un poco más lento que la sociedad y por eso se van produciendo estos movimientos sociales. Es a esto donde quería llegar: me da la impresión de que a la universidad le habría costado acompañar estos cambios. Quizá esté extremando demasiado el argumento, pero creo que en Argentina este desajuste no resolvió en 1918, que en México no se resolvió en 1929, que con el correr de las décadas esta irresolución va a ir provocando que se acumule tensión y ésta se manifestará o explotará en ciertos momentos, como ocurrió en 1968 en el caso de México, o en 2011 en el caso de Chile. La situación vivida en Chile la conozco bastante bien, pues los mecanismos que hicieron que se fuera acumulando tensión se inauguraron en plena dictadura, en 1980, con la institucionalización de las políticas neoliberales en el país. Con todo, me da la impresión de que este desajuste entre universidad y sociedad se empieza a hacer evidente a principios del siglo XX ¿Te hace sentido esta interpretación?

Renate: Exactamente, sí, estoy de acuerdo. Se podría hacer una historia de las reformas universitarias, o de las épocas de reformas y de las épocas de tranquilidad, porque parece que hay un movimiento en 1918 donde se dice "Ah sí, hay que reformar la universidad. Vamos a reformar la Universidad

Nacional de Córdoba" y poco tiempo después, por la suma de influencias, por los intereses creados y todo eso, se daría una sensación de que "ya estaría reformada la universidad, así que todo está perfecto". Pero la sociedad va por otro lado, mucho más rápida, y la universidad se queda atrás y un par de años después, aunque para ser justos no hay un tiempo que se pueda prever, los mismos actores universitarios que creían que estaba todo hecho se dan cuenta de que nuevamente hay un desfase entre la universidad y la sociedad porque se produce otro movimiento estudiantil y dicen: "Y bueno, reformas, hay que hacer reformas", y así se repite por todo el siglo XX. Aquí en México, por ejemplo, uno de los ejemplos es la Universidad Nacional. Hace poco tiempo, después de treinta años de no haberse reformado, se modificó el plan de estudios de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos. Un cambio que quizá podría haberse realizado antes porque entremedio ya se había caído todo el bloque comunista, y mil cosas más, y los planes de estudios latinoamericanos persistían con un enfoque marxista sobre la realidad latinoamericana cuando el marxismo ya no ocupaba la misma posición que antaño. Pero bueno, se repite ese decir de "Ya viene la reforma". Al participar en esa Comisión de Reforma pregunté "¿Por qué no se había reformado antes el plan de estudios? Pues todo indica que no estaba funcionando bien" y me responden "Ah, es que los estudiantes no querían". Y yo les replico, "¿No querían? ¿Entonces si los estudiantes no quieren no se hace?", a lo que me respondieron "No, no se hace". Y bueno, sí se hizo. Después el Consejo Universitario en la Universidad Nacional sacó un acuerdo donde se informaba que cada cinco años se tenían que renovar, o por lo menos revisar, los planes de estudio de todas las escuelas y facultades. No sé si lo hacen, pero sí hay un acuerdo sobre eso. Sobre lo mismo pienso que la administración central de una universidad, o cualquiera que esté en un puesto de mando en una institución de educación superior, debería estar reformando todo el tiempo o, por lo menos, preguntándole a la comunidad sus impresiones y sugerencias sobre los planes de estudio, sobre las maneras

de trabajar de los académicos, sobre el financiamiento universitario, sobre cómo se convive al interior de la comunidad universitaria y ¡El postgrado! Actualmente hay tanta insistencia en lo de los posgrados, en que todos los mexicanos deberían tener un doctorado sin tomar en consideración que hay personas que, por muchas razones, no son aptos para hacer un doctorado, o sin tomar en cuenta que quizá se están impulsando doctorados que por no ser de investigación no generan nuevos conocimientos. ¿Por qué tanto interés en los doctorados? A lo mejor estoy equivocada, pero de todas maneras hay que sentarse a discutir estos asuntos, por ejemplo, lo relativo a la inflación de títulos. Hoy salió, en un diario nacional, una noticia donde se informa que hace meses hay un problema con los políticos españoles pues al parecer habrían hecho una institución privada para repartir/adquirir títulos de doctorado, apareciendo uno de los jefes del gobierno con un título de doctorado de una institución privada de dudosa reputación, a lo que se sumó la renuncia de un ministro por el mismo motivo. Bueno, lo relevante es que estas cosas se deben discutir, hay que discutir esto de los doctorados.

Andrés: Son desafíos que no se han podido resolver ni aquí en México ni en el resto de América Latina. Y pienso que al mismo tiempo que se van acumulando estas tensiones se va abonando también el terreno para el surgimiento de movimientos estudiantiles. El movimiento estudiantil mexicano actual [septiembre de 2018], que entre otros puntos tiene que ver con los femicidios, evidencia que en la universidad no se está leyendo bien este nuevo sentir de la sociedad, no se está leyendo bien como están cambiando las concepciones de género y no se está dando la debida importancia a un problema que para la sociedad está siendo cardinal.

Renate: Una precisión, creo que ese problema de género no existe entre estudiantes de una misma generación, o entre los mismos jóvenes, ahí no. Pero sí entre profesores y alumnos. Conocí un caso, muy de cerca, donde una muchacha tenía problemas de acoso con un maestro y cuando se

acercó a las autoridades competentes de la Universidad Nacional para resolverlo, éstas le dijeron que su situación era mucho más usual de lo que todos creíamos: “Eres la tercera en este semestre que le pasa eso”, le dijeron. Con esta remembranza quiero decir que son muy frecuentes estas problemáticas de violencia de género, por muy impensables que parezcan ¡Sí existen! Y como existen hay que hacerlas públicas.

Andrés: En los inicios de los grandes movimientos estudiantiles en América Latina siempre hay cosas impensables: el cierre del Hospital de Clínicas en la Córdoba de 1917-1918, el “bazucazo” a la preparatoria número 3 en Ciudad de México en 1968, la millonaria venta de una universidad privada, en Chile en 2011, cuando se suponía que estas instituciones no tenían fines de lucro ¡Todas son cosas insólitas!

Renate: ¡Impensables! Y estos movimientos crecen también porque las autoridades, en vez de ocuparse de ellos apropiadamente, permiten que los problemas se acentúen de tal forma hasta que explotan. Tengo la sensación de que la administración universitaria tiene que ocuparse de la administración, de las finanzas y de todas las dimensiones políticas de su quehacer, pero más importante que eso es seguir de cerca la vida de las instituciones y, en especial, de los estudiantes. Siempre he dicho, desde que estudio a los movimientos estudiantiles, que nadie toma en serio a los estudiantes. Solo hay algunas estadísticas básicas que otorgan las inscripciones y que hablan de la cobertura, los egresados, etc. Pero no sabemos de dónde vienen, qué hacen, cuántos trabajan, dónde trabajan, qué tan lejos viven, en fin, cosas básicas.

Lo que quiero decir es que el centro de todas las acciones en la universidad deberían ser los estudiantes y los académicos porque, sin ellos, no hay universidad. Con otras palabras, la administración y los asuntos políticos son importantes, pero más importante es la cuestión escolar, más aún la pedagógica. Hace poco un colega nuestro, Diego Tapia, en una conferencia sobre el movimiento argentino de 1918 dijo que le parecía que

en las universidades latinoamericanas los profesores no tenían ninguna importancia, que la importancia estaba en los investigadores, en las investigaciones, en el dinero para las investigaciones, en los doctorados. Cuando lo más importante, pensaba, eran los profesores de preparatoria y licenciatura, esas eran las personas más importantes dentro de la universidad. Comprensión que ver con que la transmisión de conocimientos a los alumnos debería tener un espacio especial entre los profesores que también hacemos investigación, que de por sí somos privilegiados en muchos asuntos, pues los que se llevan la mayor carga de trabajo son los profesores, no nosotros, pero parece que la balanza va hacia la investigación y no hacia la educación de los estudiantes.

Andrés: Llevaré la conversación nuevamente a los asuntos por donde empezamos. Tengo la impresión de que a principios del siglo XX el estudiante que entra a la universidad empieza a cambiar. Ya no tenemos una sociedad colonial, ni una sociedad de castas, hay una sociedad de sectores sociales –desde el marxismo se entiende como de clases sociales, pero yo prefiero la noción de sectores sociales–, lo que significa que es más incierta, más en construcción, más en deliberación...

Renate: Sí, y con más posibilidades también.

Andrés: Sí. Una sociedad más abierta, más indeterminada. Entonces, me parece que el estudiantado universitario empieza a cambiar paulatinamente, comienzan a ingresar estudiantes de los sectores medios. Un sector social que antes no existía, que empieza existir con la expansión de las ciudades, con la aceleración de la industrialización y con la proliferación de las profesiones liberales. Entonces ahí la universidad empezaría a ser un motor de progreso para los sectores medios. ¿Qué pasa con este estudiantado? En nuestra conversación pareciera que entendemos que siempre ha existido descontento estudiantil y sobre todo por cuestiones tanto educacionales como gremiales: sea porque un

profesor era malo, porque no se están impartiendo los cursos apropiados, porque la infraestructura de la universidad no es la adecuada. Sin embargo, a partir de 1918, y un poco antes también, comenzaría a florecer una reivindicación de dos tipos: (a) Una social, que en el fondo remite a "Abramos la universidad a la sociedad", "al pueblo" como se decía en la década de 1960, "traigamos al pueblo a la universidad", y viceversa. Eso es lo que transmiten las demandas estudiantiles que pedían universidades populares o preparatorias populares. (b) Otra política, porque si antes el descontento estudiantil era solo gremial o educacional, a partir de 1918 empieza a evidenciarse una preocupación política y/o social. En el caso de los movimientos estudiantiles de Brasil y México en 1968 ella es muy evidente, "Abajo la dictadura" se demandaba en Brasil y "Libertades democráticas" en México. Pero creo que en Argentina en 1918 también estaba presente, aunque de una manera un poco menos evidente, a partir del cuestionamiento de la relación entre universidad y sociedad. Porque si en México 1968 se decía "tenemos que conseguir libertades democráticas", en Argentina en 1918 se decía "queremos que la universidad tenga un papel más protagónico en el progreso de la sociedad, que enfrente los problemas que aquejan a los sectores populares: la cuestión social". Entonces, volviendo al punto inicial de la pregunta ¿Qué pasa con este estudiantado de principios del siglo XX? ¿Concuerdas con que empieza hacer un estudiantado diferente? ¿Qué hace que este estudiantado empiece a preguntarse por la universidad y, sobre todo, por la vinculación de la universidad con los problemas sociales y políticos de la sociedad?

Renate: Pues este es un punto muy importante porque la tercera función de las universidades latinoamericanas, desde principios del siglo XX, es la difusión de la cultura. Lo cual en las universidades alemanas o anglosajonas se encomienda a otras instituciones, no a las universidades. Y esta difusión cultural, a principios del siglo XX, tiene que ver, precisamente, con eso de extender la cultura a las clases populares. Debemos imaginar cómo era el

caso mexicano en la época de la Revolución, entre 1910 y 1917 (o 1920), pues el 85% de los mexicanos era analfabeto. Por lo tanto ¿Qué se podía hacer? ¿Cómo se podía extender la cultura? ¿Repartir un libro? ¡Pero si nadie sabía leer! Entonces se inician las clases de alfabetización y los cursos orales para que la gente se educara por ese medio. Se debe recordar que gran parte de la población no sabía leer o, si sabía leer, no tenía dinero para comprar un libro, a lo que se agrega que tampoco había muchos libros que comprar porque acá no había editoriales ya que los libros se hacían en Estados Unidos y desde allá se traían. Entonces, en ese escenario cultural, y considerando también la miseria en que se vivía, durante la Revolución Mexicana muchas personas vivían en la miseria. Eso hizo que el estudiante abriera bien los ojos y pensara “nosotros somos privilegiados y tenemos que hacer algo para que la sociedad pueda progresar”, y entonces, ahí, se impulsan todos esos enormes programas de difusión cultural universitaria liderados por José Vasconcelos primero, y Moisés Saenz después. Se debe recordar, además, que en esa época no había instancias que pudieran cumplir esa función. Hoy en día hay muchas instituciones de tipo privado, o del Estado, donde la población puede ir a aprender (y como el horizonte de la alfabetización ya está medianamente alcanzado, otros objetivos irrumpen en el ideario estudiantil, algunos más propiamente políticos).

Por otro lado, en México los que estudiaban en la década de 1920 sabían muy bien que tenían asegurada su vida por medio del trabajo. Esto porque existían tan pocos profesionales que, una gran parte de ellos, ingresaba a la administración pública. En el poder judicial, por ejemplo, muchos funcionarios en la década de 1930 eran extremadamente jóvenes. Después se abrió el Instituto Politécnico Nacional en 1936, lo cual se transformó en un muy buen campo laboral para los profesores, después se inauguró el Instituto Mexicano de Seguro Social y significó trabajo para millares de médicos, etc. Por lo tanto, el estudiantado sabía que iba a trabajar en su profesión y que siempre iba a tener trabajo, es decir, que era un privilegiado. No tanto un privilegiado de tipo económico, porque vivía

también en una situación muy precaria en la década de 1920 en México y también en la de 1910 en Córdoba, Argentina. Cuando uno lee las entrevistas realizadas entonces puede percibir que muchos estudiantes eran hijos de comerciantes, de inmigrantes, de padres que mantenían a sus hijos en la universidad para que tuvieran una profesión y así poder progresar o, por lo menos, mantener su nivel social de sectores medios. No obstante, el dinero que mandaban los padres era tan poco que ese privilegio no necesariamente se concedía con su situación económica, más aun para los que tenían que dejar el hogar familiar para trasladarse a otra ciudad a estudiar, como era el caso de muchos cordobeses. Una situación que se rastrea en México al menos hasta los años sesenta del siglo XX con mucha claridad. Y esto hay que reflexionarlo más en profundidad porque ¿Cómo aspirar a un alto rendimiento académico si el estudiantado vive en malas condiciones?

Andrés: Vamos a un tema que nos permitirá seguir pensando el mundo de la universidad, de los estudiantes y de los movimientos estudiantiles desde principios del siglo XX. La Autonomía Universitaria, concepto central para el mundo universitario latinoamericano, es una noción que la ocupan muchas personas (dirigentes estudiantiles, autoridades universitarias, investigadores) y que no siempre se presenta como un asunto fácil de entender. La Autonomía Universitaria es, en pocas palabras, un concepto muy maleable, muy polisémico. Después de haber leído tus trabajos, a mí me queda la idea de que la defensa de la Autonomía Universitaria tiene que ver, principalmente, con lograr que los asuntos de la universidad (sean financieros, académicos o administrativos) sean decididos por personas ligadas al mundo de la cultura, de la educación o de la universidad, y, también, que los criterios de dichas decisiones sean culturales o educacionales. ¿Por qué en América Latina se hace necesaria la defensa de la Autonomía Universitaria? ¿Será que hay una dimensión filosófica o histórica más profunda que permite entenderlo? Quizá tu conocimiento del mundo universitario europeo puede ayudar a comprender este asunto, en

el sentido que me da la impresión de que la preocupación por la Autonomía Universitaria sería algo muy nuestro, muy de América Latina, entonces, ¿Por qué se da acá esa defensa? ¿Qué hace que año tras año, década tras década, la Autonomía Universitaria en América Latina siga levantándose como bandera? Porque en 1918 está bien clara su presencia, en la exigencia de participación estudiantil en el gobierno universitario (una forma particular de concebir la "Autonomía Universitaria"). En 1968, en México, también se defiende la autonomía cuando se exigía que los militares salieran de los recintos universitarios: "los queremos fuera de la UNAM", "no queremos los militares atacando a las preparatorias". Y así podríamos recordar diferentes movimientos estudiantiles donde la autonomía es una materia sumamente central ¿Qué pasa en América Latina que la Autonomía Universitaria adquiere tanta importancia?

Renate: En alguno de mis trabajos sostengo, y todavía lo hago, que la Autonomía Universitaria es una característica propiamente latinoamericana. Me refiero a autonomía como un conjunto de normas o leyes que regulan su accionar y no como que la universidad se organice aisladamente con respecto a la sociedad. Porque la protección legal de la Autonomía Universitaria permite que, en América Latina, la universidad se pueda defender ante los descabros políticos que cíclicamente nos han afectado.

Hay muchas discusiones sobre la autonomía en diferentes épocas. Existen diversas definiciones, interpretaciones, pero no hay que dejar de pensar que hoy las universidades públicas son grandes estructuras de poder. Imagínate la Universidad de Chile, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de São Paulo, todas enormes instituciones con decenas de miles de personas trabajando ahí y a eso se suman los estudiantes. Quiero decir que para cualquier gobierno tener en frente a una institución autónoma, con tanto poder, se le hace difícil porque no puede manejar esa institución. Entonces, imagínate si no fuera autónoma lo que pasaría, porque si se lo compara con Europa, por ejemplo, yo siempre digo que las

universidades alemanas no son autónomas, autónomas en ley, más bien son parte de la estructura del Estado (las Secretarías de Educación Pública en Alemania son federadas y tienen injerencia en las universidades mediante, por ejemplo, lo relativo a los sueldos, las plazas y todo ese ámbito administrativo). Entonces, ¿Por qué no son autónomas? Porque mucho antes de que existiera un país llamado Alemania, cuando había principados o condados, éstos fomentaban la cultura y el arte compitiendo entre ellos por quién atraía los mejores profesores y por quién podía pagar mejor a los escritores, etcétera. Siempre en el entendido de que para ellos la universidad, y esto es una cosa muy importante, se debía preocupar de los planes de estudio. Lo que hizo que se conformara un modelo de investigación donde los estudiantes se incorporaban alrededor. Después de 1810 el modelo universitario alemán, ciertamente muy exitoso en investigación, gozó de mucha libertad en el campo de la investigación, controló su agenda de investigación. Nadie les dice “tienen que investigar esto o tienen que investigar esto otro”.

Aquí en la Universidad Nacional, por ejemplo, la Autonomía Universitaria ha sido relevante en las últimas décadas de alternancia política en el país porque, imagínate, quizá durante el gobierno del Partido de Acción Nacional hubiéramos tenido que instaurar clases de religión (y no tengo nada en contra de eso, se podría haber hecho, por ejemplo, una facultad de teología), pero lo que quiero decir es que la universidad es una institución centenaria que no puede depender de los vaivenes de gobiernos o, menos aún, dictaduras. Es el espacio para generar y transmitir conocimientos y eso no puede depender de lo político, sobre todo porque los conocimientos en los distintos campos disciplinarios no siempre generan resultados aprovechables inmediatamente, menos aun políticamente redituables, pero el que dichos resultados no sean para mañana no significa que no sean sumamente valiosos.

Andrés: ¿Será entonces que las otras instituciones de las sociedades latinoamericanas no están entendiendo el valor que tiene la universidad y por eso se ve obligada a defenderse?

Renate: Creo que sí. La universidad se tiene que defender, y cada vez más, porque desde 1918 viene siendo acosada desde afuera. Hoy es el neoliberalismo y su incesante evaluación/estandarización el que la está agrediendo. No quiero decir que de por sí esa injerencia externa sea mala, pues pienso que tiene ribetes buenos y malos simultáneamente, pero hay muchas dimensiones del neoliberalismo que le hacen mucho mal a la universidad, como aquellas vinculadas al campo financiero. Porque cuando se le entrega el dinero a la universidad se la obliga a gastarla en ciertos asuntos y de ciertas maneras, afectando su autonomía. Hoy cada vez más es posible constatar una mayor injerencia de las instituciones de afuera del mundo educacional en las decisiones de la universidad. Hay otros entes especialistas que interfieren, por ejemplo, en lo relativo a las cuestiones laborales. Un profesor o un investigador entra a la universidad por medio de un concurso y los concursos los definen las instancias universitarias, pero cuando hay un problema de tipo laboral que rebasa los espacios pertinentes dentro de la universidad se acude a instituciones ajenas y entonces, por medio del derecho laboral, los juzgados dictaminan, por ejemplo, si esa persona debe o no volver a su puesto de trabajo. Y así hay muchas cosas por el estilo que hoy se deciden fuera de las universidades, pese a que son autónomas.

Hay otro problema que tiene que ver con la autonomía, muy grave por cierto, que es el de la violencia. Por ejemplo, aquí en la Universidad Nacional hay espacios físicos donde trabaja mucha gente y donde no hay, prácticamente, fuerzas del orden (porque la policía y otros entes estatales no pueden entrar). Pero sí pueden entrar grupos violentos, con mucha presencia en nuestra sociedad. Entonces se produce una gran discusión porque ¿Cómo los vamos a detener? Aquí en la Universidad Nacional hay un cuerpo de vigilantes pero ¿Qué pueden hacer estos vigilantes? No tiene

armas, no tienen un mandato para detener una persona que esté agrediendo, tampoco pueden encerrarla ¿Entonces? Vigilan que no se robe, que no se venda droga y cosas por el estilo, pero solo vigilan, no pueden hacer otra cosa. Esto quiere decir que todos los que estamos en los espacios universitarios estamos desprotegidos. Esa es una gran discusión que tiene que ver con lo que pasó hace unos días y que se viene arrastrando desde hace mucho tiempo. Entonces, el control de la violencia es otro problema que tiene que ver con la autonomía, porque no sé si siempre ha habido violencia en la universidad, al menos en 1968 y los años adyacentes por supuesto que sí, entonces ¿Qué hacer? Creo que fue en 1972, en la época del rector Pablo González Casanova, cuando la universidad estuvo cerrada por meses porque adentro había unos criminales con armas ¡Y nadie los podía sacar!

Andrés: A propósito de la lectura de tu último trabajo dedicado al movimiento argentino de 1918, “La juventud desinteresada y pura”, quería llevar la conversación a un asunto difícil de abordar, pero no por eso menos relevante: los idearios, los pensamientos, las reflexiones y/o marcos analíticos que poseen los estudiantes movilizados en América Latina (al menos en los grandes movimientos estudiantiles). A propósito del movimiento estudiantil argentino de 1918 señalas que entre el estudiantado movilizado había idearios anarquistas, liberales, socialistas, comunistas y, si interpreto bien, ellos daban identidad a un estudiantado más reformista y a otro más rupturista-revolucionario. Para ayudar a desarrollar este tema quiero compartir contigo una hipótesis que he venido madurando poco a poco y que versa, en términos generales, que es necesario hacer una distinción entre organización estudiantil, dirigente estudiantil y estudiantes, en el sentido de que, por ejemplo, es muy probable que los dirigentes estudiantiles de la Federación Universitaria de Córdoba (y de la Federación Universitaria Argentina) hayan tenido ciertas inclinaciones mientras los manifestantes, esos más de veinte mil personas que acompañaron algunas de las manifestaciones en Córdoba (cuando la ciudad solo tenía alrededor

de 120 mil personas) hayan tenido posiciones fundamentalmente diversas. Es como si pensáramos que en el caso de Chile, en 2011, puesto que su principal dirigente, Camila Vallejo, pertenecía al Partido Comunista, todos los manifestantes compartían esa forma de entender la realidad. Si así habría sido Chile sería hoy más comunista que Cuba, y todos sabemos que eso no es así. Entonces, asumiendo esta distinción entre dirigente y movimiento estudiantil observo que los grandes movimientos estudiantiles en América Latina han sido mucho más liberales que otra cosa, mucho más liberales que socialistas, mucho más liberales que comunistas, mucho más liberales que anarquistas, mucho más liberales que neoliberales. No se puede desconocer que hay sectores del estudiantado con diversas orientaciones políticas, pero creo que la esencia, o la mayoría de los manifestantes, defienden más bien idearios liberales. Idearios donde la educación, la universidad y la reforma son aspectos centrales para comprender tanto a la universidad como a la relación de la universidad con la sociedad. Es una hipótesis difícil de defender, porque muchos estudiosos han sido antes dirigentes y construyen interpretaciones congruentes con su historia de vida, intentando retratar a los movimientos como mucho más radicales, transgresores y revolucionarios de lo que realmente fueron. Para apoyar esta hipótesis se recuerda, sin ir más lejos, que en el movimiento de México, en 1968, no se pidió un cambio estructural (como lo sería la intervención del modelo productivo o un cambio en la estructura de distribución de la riqueza), más bien se exigió, en lo fundamental, libertades democráticas. Una demanda comparativamente menos radical, aunque no por ello menos importante.

Renate: Yo creo que hace falta mucha investigación sobre este tema y ahí nos encontramos con el problema de las fuentes. Porque los estudiantes en un movimiento normalmente hablan, hacen afiches, volantes o cosas por el estilo, pero no se sientan a escribir grandes tratados de sus ideas, ni las ponen un archivo para que nosotros las podamos ver, eso no es así. Entonces ¿De dónde sacar la información? En el caso de Córdoba,

Argentina, muchos se abocan a desentrañar los escritos de Deodoro Roca que, en primer lugar, no era estudiante, porque aquí, como en todos lados, se lo entiende como dirigente estudiantil cuando en realidad era un joven abogado, aunque muy allegado a los estudiantes, eso sí. Pero como publicaba mucho se intuye que influyó con sus ideas en los estudiantes y cuando se estudia al movimiento argentino las ideas se tienden a organizar alrededor de su trabajo. Pero lo cierto es que hay muy poco material para conocer, siquiera, el pensamiento de otros líderes de ese entonces. Creo que falta investigación. Hay que considerar que la Revolución Rusa es de 1917, entonces, es probable que la influencia de las ideas comunistas o de los anarquistas que venían con los inmigrantes de Italia y España sean importantes. De hecho, había focos de anarquismo en España, en Cataluña y Andalucía, y es desde ahí que muchos migran hacia Argentina y por eso surgen muchos sindicatos (no uno, muchos grupos sindicales) que además diferían ampliamente en sus idearios. Y es de presumir que esas ideas también los estudiantes las conocían, pero eso no quiere decir que los movimientos, propiamente tales, sean anarquistas o comunistas, para nada. Hay personas, sí, pero ni siquiera creo que haya habido estudiantes anarquistas. Había miembros de sindicatos o de trabajadores anarquistas, eso sí, pero no en el movimiento estudiantil.

Creo, además, que antes de la Revolución Cubana, en 1959, la gran mayoría de los estudiantes universitarios tenían ideas liberales simplemente por su origen social y por su estatus social en la sociedad. La sociedad latinoamericana hasta hoy en día es muy de clases, muy de grupos, en el sentido de que no es una sociedad donde cualquiera pueda ser cualquier cosa, eso todavía está muy condicionado por el color de la piel, el origen social, etc. Entonces, la gran mayoría de los que a principios del siglo XX están en las universidades, probablemente hasta la década de 1970 (después las cosas empiezan a cambiar), tenían ideas liberales porque eso estaba en consonancia con su origen social y sus pretensiones de futuro. Ya después, desde 1980, ocurre una cosa muy interesante que está ligado con eso que Carlos Celi, quien recientemente realizó una valiosa investigación

histórica sobre las organizaciones estudiantiles de Latinoamérica, también sostiene, que es que las organizaciones estudiantiles hasta 1980 eran muy parecidas, pero que desde entonces se han venido diversificando. Lo que informa que las universidades, y el estudiantado, también se han venido diversificando. En la década de 1960, en 1968 por ejemplo, por supuesto que las ideas socialistas sobre el futuro, las de tipo cubano, las que hablaban de que todos debíamos ser iguales y que en base a eso conseguiríamos el máximo de felicidad, estaban muy presentes. Pero hoy es muy difícil encontrar a alguien que hable de Cuba o del socialismo o de la repartición de las tierras. Hoy las ideas son liberales, neoliberales quizá o, para ser más claros, son ideas contrarias a las de signo socialista. Con todo, no digo que los estudiantes sean defensores del neoliberalismo, sino que viven en un ambiente donde se propagan ese tipo de ideas, donde te dicen “tú entras a la universidad y en cinco años estás recibido o licenciado y eso no es suficiente, tienes que hacer una maestría o un doctorado porque si no, no encuentras trabajo”. Te dicen, además, “que tienes que hacer una estancia en el extranjero, que necesitas saber tres idiomas porque si no, no llegas a ninguna parte, y así...”. Uno lo oye, le guste o no a uno esa sensibilidad, uno lo oye. Y eso no es solo aquí, es igual en Europa. No te puedes tardar, es decir, no tienes tiempo para el cine, para la pintura, para el ocio, para cualquier cosa que no tenga que ver con los estudios porque tu tiempo está contado y tienes que apurarte mucho para avanzar. ¿Entonces? Eso también se asemeja más a las ideas liberales o, mejor dicho, neoliberales.

Andrés: Muchas gracias, sé que esta conversación, esta suma de preguntas, desafíos y respuestas, nos puede ayudar a muchos que, como a mí, estamos interesados en seguir pensando a los movimientos estudiantiles de América Latina.